RUTAS SECULARES DE LA SOCIEDAD MODERNA

Enrique Cordovez Pérez Capitán de Fragata

Introducción

I celebrarse este año el bicentenario de la Revolución Francesa se ha reeditado la proclamación de los valores de libertad, igualdad y fraternidad como un paradigma del actual desarrollo de la Humanidad. Cabe preguntarse, desde una perspectiva más desapasionada, si dichos valores no formaban ya parte del patrimonio cultural de la llamada sociedad tradicional.

Indudablemente que sí. La libertad es consubstancial al hombre, puesto que fue creado con libre albedrío, y la igualdad del género humano reside en que todos somos hijos de un mismo Dios; más aún, le debemos a nuestro prójimo un amor fraternal. Si estas verdades ya habían sido enunciadas ¿Qué diferencia a la sociedad tradicional de la sociedad moderna?

La respuesta a esta segunda interrogante se halla entonces en el carácter secular que tiende a prevalecer en las transformaciones sociales que rompen con la unidad de creencias, ideas y costumbres de la Edad Media. Por más de un milenio la Iglesia Católica había sido depositaria de la verdad revelada y del saber científico de la Edad Antigua. Ello le confería autoridad para mediar en los conflictos y conservar la civilización occidental cohesionada.

Empero, la segregación del credo ortodoxo, que produce un sisma con los pueblos de oriente, la emancipación de la Iglesia Anglicana en la aislada Inglaterra y, finalmente, la reforma protestante de Lutero harán tambalear el poder de Roma sobre las testas coronadas. Ello terminará por conducir a un orden social en el que el hombre se ubica como principal referencia de todas las cosas.

Tradición contra modernidad

Comúnmente, los estudiosos del tema han pretendido señalar una separación tajante entre lo antiguo y lo moderno, destacando las ventajas del progreso y criticando las desventajas del patrimonio cultural. Empero, la tradición ha sido definida como "reserva del sentido común", por lo que es difícil de imaginar una sociedad sin identidad, pasado ni destino común, que no contenga una comunidad de significados intersubjetivos transmitidos de generación en generación.

Falazmente se mezcla lo verdadero con lo falso, para afirmar la dicotomía tradición-modernidad. Pero no es efectivo que el proceso de modernización debilite la tradición, que la tradición y la modernidad sean sistemas mutuamente excluyentes o que sus fines se hallen siempre en conflicto.

Indudablemente, el mundo cambió después del descubrimiento de América. Se abrieron entonces los horizontes de la vieja Europa, aun cuando su expansión había sido estimulada por los relatos de Marco Polo y de los invasores escandinavos, proyectándola hacia el este y hacia el norte.

El hombre pudo aventurarse a este desafío de ultramar porque "se había echado el mundo al bolsillo". En efecto, podía llevar consigo un mapa, que le representaba la realidad; una brújula, que le permitía organizarla; y un reloj, que posibilitaba controlar su desplazamiento y

654 Revista de Marina Nº 6 89

el de los demás. Todos estos elementos de la modernidad se debían, sin embargo, a un largo proceso de maduración del conocimiento que se remonta a la más remota antigüedad.

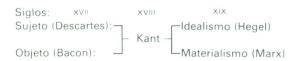
Secularización del pensamiento

El pensamiento filosófico secular se inicia en el siglo xvII, con el examen de la ciencia y la sociedad de Bacon y con el planteamiento de Descartes acerca de la capacidad racional del hombre ("pienso, luego existo").

La unidad epistemológica de la lógica tradicional descansaba en la coherencia de los principios artistotélicos y tomistas. Una lógica tradicional en la que lo verdadero y lo bueno conformaban una unidad, cuya premisa mayor era la revelación divina del orden natural de las cosas.

La diferencia del paradigma de base de la modernidad es la adopción de la duda como actitud crítica fundamental. La metafísica se separa de la epistemológica. Esta última, como ciencia del conocimiento, asignará al "racionalismo" del sujeto o al "empirismo" de los objetos las fuentes del conocimiento capaz de fundar su validez por sí mismo y no en la fe.

No obstante, tres siglos más tarde este paradigma se halla en crisis por la pérdida de identidad cultural de un conocimiento atrapado en la inmanencia propia de la exaltación de un hombre sin dimensión espiritual, sin ligazón divina. Su secular evolución muestra sólo variaciones de la tradicional matriz sujeto-objeto.



Desde nuestra perspectiva, los valores de la secularidad no reemplazan los valores de la cristiandad, puesto que tanto la deducción teórica como la inferencia empírica escapan a la dimensión espiritual en la cual las creencias del hombre se hallan naturalmente ancladas.

Otros factores de modernización

No sólo el pensamiento filosófico evoluciona, pues hay que reconocer el aporte metodológico del empirismo en el progreso de las ciencias naturales, en aquella época, y en el de las ciencias sociales en la actualidad.

En la astronomía regía el paradigma de Ptolomeo y hacía sentido que el Creador hubiera puesto al hombre en el centro del universo. No obstante, Copérnico hablará de otra realidad celeste, Kepler planteará las órbitas elípticas y Galileo terminará por afirmar que la Tierra se mueve en torno al Sol, pereciendo por ello quemado en la hoguera. Este último hecho pone de relieve el impacto que produjo el descubrimiento científico en la vida del hombre.

En este sentido, la formulación de las tres leyes básicas del movimiento por Newton vienen a dar una explicación de la realidad, de tal magnitud, que Kuhn divide las etapas de la ciencia normalizada en los paradigmas de Ptolomeo, Newton y Einstein. Más tarde será Watt quien, al idear la máquina de doble efecto, multiplica la fuerza y da impulso a la revolución industrial. Gutenberg hará lo propio al multiplicar la información.

Las teorías políticas también evolucionan. Maquiavelo sustenta la omnipotencia del resultado cuando asevera que: "El príncipe piense, pues, en conservar su vida y su Estado; si lo consigue, todos los medios que haya empleado serán juzgados honorables y alabados por todo el mundo...". Así pone de manifiesto un problema crítico de la función de gobierno: Las relaciones entre la política y la moral. Sin embargo, desde Aristóteles estaba muy claro que a quien debía tomarse por guía y al que era justo obedecer era aquel mortal superior por mérito y cuya facultad le impulsa sin cesar en busca del bien.

El Leviathan de Hobbes se convierte en una de las biblias de Inglaterra, cuando gobierna Cronwell (1651), al fundar la soberanía en el contrato; los hombres naturales se constituyen en sociedad política y se someten a un soberano, pero no se contratan con este amo, sino entre ellos. Más tarde Locke sostiene (1690), en un ensayo sobre el gobierno civil, que sólo el consentimiento pudo fundar el Cuerpo Político. Finalmente, Rousseau (1762) termina por afirmar que toda ley que el pueblo en persona no haya ratificado es mala; no es una ley. Tesis todas que contradicen el derecho divino de los reyes para gobernar y el estilo tradicional con el cual la política había sido ejercida.

Los descubrimientos de las ciencias naturales y las proposiciones de las ciencias sociales constituyen el fermento a partir del cual emergerá un nuevo orden social. Este se autodefine como moderno y se apoya en su creencia en el "progreso de la humanidad", reemplazando la creencia en "la salvación de las almas". Como se ha sostenido anteriormente, tradición y modernidad, progreso y religión, no constituyen antinomias; el fenómeno humano está marcado, más bien, por el privilegio del hombre de ser un cohacedor con Dios.

El surgimiento de la sociedad moderna no

ocurre gradualmente; representa el quiebre progresivo entre un orden natural, común a la cristiandad, y otro orden humano de variadas raíces seculares. El conflicto que se genera entre quienes adhieren a estas distintas visiones del mundo dará, inevitablemente, lugar a ciertas revoluciones, las que reclaman su legitimidad en la capacidad de adaptación a los cambios que se suceden en las diferentes facetas de la vida del hombre.

Con mayor o menor violencia, desde la revolución puritana hasta la bolchevique, se transita a la modernidad.

Las revoluciones

Las revoluciones siempre implican el uso de la fuerza. Independientemente de la licitud con la que ella es empleada, existe siempre una mayor o menor manifestación de la voluntad de una persona o grupo de personas para obligar a otras a hacer lo que no desean, por medios a los cuales estos últimos no son capaces de resistir.

Un sociólogo militar ha planteado una tipología de las revoluciones que sirve para clarificar los tipos de rutas escogidas por aquellos pueblos representativos del fenónemo de la modernización. Estilo de vida vigente por más de un milenio, desde el gobierno del emperador Augusto. Este autor distingue las siguientes dimensiones de la revolución como fenómeno social.

- Transformación. Afecta a la sociedad completa, llegando a la independencia de un nuevo país y modernización de sus instituciones.
- Polarización. Ocurre al interior de una sociedad entre fuerzas sociales que pueden llegar a la guerra civil.
- Movilización. Involucra un gran número de personas que siguen una ideología para subvertir el orden social vigente.

Esta tipología ilumina la interpretación de la influencia de las corrientes de pensamiento que impulsaron la llamada sociedad moderna, ya que toda revolución alude al *conflicto*, fenómeno consubstancial al ser humano y muy en particular a la sociedad moderna.

Rutas características hacia la sociedad moderna

Barrington Moore es el autor que tipifica la transformación social que afecta a la sociedad tradicional, por lo que a continuación se extractará de su texto las características más relevantes de esos modelos de sociedades que lideran el proceso con sus diferentes estilos.

La primera de estas rutas arranca de la sociedad inglesa. Ella aporta a la cultura occidental el parlamentarismo de la revolución puritana y la institución del mercado. Por esta misma senda le seguirán la emancipación de sus colonias en América y la Revolución Francesa. Un factor común de estas transformaciones, que habrán de expandirse al resto del mundo, es que son impulsadas por la burguesía o clase media.

La reacción a este sistema de vida: capitalista en lo económico, liberal en lo social y representativo en lo político será, por una parte, socialista en lo económico, igualitaria en lo social y totalitaria en lo político, propugnada en favor de las clases bajas. De otro lado, existe una derivación capitalista en lo económico, pero que conserva el corporativismo en lo social y el nacionalismo en lo político, encabezada por la aristocracia o clase alta. Ejemplos de la primera son Rusia y China; de la segunda, Alemania y Japón.

La ruta democrática de modernización

La democracia clásica o "gobierno del pueblo" —literalmente hablando— es una utopía, por lo que la participación política de los ciudadanos se concreta, en un sistema democrático representativo, en controlar la arbitrariedad del gobierno, obtener leyes justas y razonables y en lograr que sus intereses sean considerados en la dictación de aquellas.

Una condición necesaria para la instauración del sistema de vida conocido hoy como democracia fue el equilibrio que se produjo entre el poder del rey y el de la nobleza en Inglaterra. Con posterioridad a la guerra civil se crea allí una monarquía parlamentaria en la cual, hasta la fecha, "el rey reina pero no gobierna", dando lugar a la separación de los poderes constitucionales ejecutivo y legislativo, que nos es familiar.

Por otra parte, el auge del comercio en los poblados ingleses y las demandas de impuestos de la Corona requerían cada vez de mayor dinero en efectivo. De allí que los aristócratas optaran por permitir entre los campesinos el comercio agrícola. Todavía más, las oportunidades se presentan en la existencia de mercados en las cercanías de los pueblos y las facilidades en las vías de transporte fluvial.

Desde el punto de vista sociológico, la variable sociocultural que explica este cambio democrático es la relación entre la clase alta, dueña de la tierra, y la monarquía; la variable socioeconómica que lo condiciona es la capacidad de la primera para dar respuesta a las de-

mandas del mercado. Ello representa una solución al permanente conflicto entre el campo y la ciudad, cuando ambos intentan maximizar sus precios de venta y minimizar los de compra.

En Inglaterra, los dueños de lás ovejas dependían de los pueblos para exportar su lana. Así, la burguesía acumula, a partir del siglo xvII, un capital de libertad política frente a la burocracia del Estado monárquico, a raíz del liderazgo de los comerciantes e industriales de la sociedad liberal.

La homogeneidad cultural de la ruta democrática se debe a que, en la fusión del orden tradicional con el nuevo orden monetario, la élite aristocrática logra traspasar a la burguesía parte de su "visión del mundo". No obstante, estas transformaciones sociales no están exentas de violencia. La guerra civil inglesa dará pie a la destrucción de la sociedad campesina en el siglo xviii; la emancipación estadounidense rompe el poder de la élite terrateniente; al igual como ocurrirá con antelación a la Revolución Francesa.

A pesar que estas tres naciones confluyen a una misma ruta, debe señalarse los rasgos que diferencian tres tipos de democracia:

- La importancia del capitalismo agrícola facilitó el control político a la aristocracia terrateniente inglesa.
- La debilidad de la burguesía la hizo dependiente de los elementos radicalizados en Francia.
- La contribución de la esclavitud en las plantaciones cooperó sustancialmente al capitalismo industrial de Estados Unidos.

El quiebre con el legado de la cristiandad se materializa en Inglaterra por la influencia de pensadores que definen el temperamento británico: El "escepticismo" de Hume y el "individualismo" de Spencer. La democracia en América heredará el sello de ese carácter, cuando Tocqueville expone, a plena luz, los peligros que la "igualdad" hace correr a la independencia humana. Stuart Mill también estará en contra de una teoría "benefactora", ya que, pese a administrar en buena forma enclaustra los campos de acción del hombre.

La ruta democrática combina la libertad política con la económica y con la ética protestante. El derecho a elegir al sujeto que gobierne es igualmente válido a la elección del objeto de consumo. Entre 1700 y 1860 prevalecen las teorías clásicas de la política económica de Smith y Ricardo en la etapa del capitalismo mercantil, a las que se enfrentará el materialimo histórico de Marx y Engels.

La ruta corporativa de modernización

Otra ruta que también conduce al mundo de la industrialización es la que encabezan Alemania y Japón. Países que asentaron también firmemente el capitalismo, tanto en la producción agrícola como fabril, sin necesidad de un alzamiento revolucionario popular.

Pese a ello, esta transformación capitalista no es proclive al desarrollo de instituciones liberales descritas en la ruta anterior. La clase alta terrateniente conservó intacta la sociedad campesina preexistente, permitiéndole generar el excedente necesario para participar en el mercado.

En los sistemas agrícolas precomerciales y preindustriales no existía necesariamente un método represivo de trabajo, sino que más bien un balance entre la contribución del señor de la tierra a la justicia y seguridad de sus siervos y la retribución de estos con el trabajo agrícola, simbolizada en el juramento de vasallaje de los pueblos germanos medievales.

Durante los siglos xv y xvi, en el este de Alemania la nobleza prusiana expande sus riquezas merced a la servidumbre del campesinado, revirtiendo el proceso de formación de la burguesía iniciado por la Orden Teutónica. Posteriormente, los dirigentes de la casa Hohenzollern enfrentarán a los nobles contra los inquilinos, de lo que resultará el surgimiento de una fusión militar entre la burocracia real y la aristocracia terrateniente. Esta última introduce las ideas de "superioridad de la clase dirigente" y "obediencia institucional por sobre clases o individuos". También, la disciplina prusiana, al exaltar las cualidades del soldado, es concurrente a fortalecer y centralizar la monarquía.

En Japón, la noción del compromiso total con la autoridad fluve de la época feudal, mientras que en Italia el fascismo se remonta a los símbolos de la antiqua Roma, por la carencia de una monarquía fuerte. En general, los regimenes autoritarios y corporativos emergen por la incapacidad de las democracias de solucionar los problemas contingentes y su inhabilidad para llevar a cabo profundas reformas estructurales. La racionalización del orden político de estos regímenes estableció un sistema administrativo uniforme, por sobre las divisiones feudales (Japón), o la independencia de los Estados (Italia), creando un aparato militar capaz de asegurar su independencia. Otro aspecto de esta vía de modernización es la lealtad a la nación como entidad abstracta de las tradiciones patrias, lo cual dará vida más tarde a los Estados Nacionales.

Esta vía de modernización conservadora,

que adhiere a las monarquías, fue encabezada por aristócratas y llevó a cabo transformaciones y unificaciones nacionales. El problema evidente para estos países fue modernizarse, manteniendo las estructurales sociales y enfrentando los conflictos suscitados por su emergencia en el ámbito internacional como potencias militares. La igualdad, como valor dominante del socialismo, se contrapondrá con este renovado orden social que revitaliza la jerarquía y la disciplina, así como la camaradería, la que será tachada de "sumisión" a la autoridad, en vez de reconocer en ella el "servicio" al Bien Común.

Líderes de estos Estados corporativos fueron principalmente Cavour en Italia, Bismarck en Alemania y los emperadores de la dinastía Meiji en Japón. Esta última restauró el Imperio ante la afrenta estadounidense materializada por la incursión del Comodoro Perry. Mantuvo el cultivo del arroz y la seda, pero se industrializó entre 1868 y 1905 gracias al conglomerado empresarial del *Saiwatzu*, que articuló a comerciantes y terratenientes en una tarea colectiva dirigida por el Estado, que integró también a los trabajadores no especializados, en el espíritu solidario de la empresa.

Los Estados corporativos modernizan las economías agrícolas, generando anticuerpos en quienes les han precedido en la ruta democrática, ya que esta competencia viene a disputar el monopolio mundial del capitalismo mercantil inglés y/o estadounidense.

La Segunda Guerra Mundial no es sino una confrontación entre sociedades cuyas rutas a la modernidad se identifican con la democracia, el corporativismo o el socialismo. El orden corporativo enfatiza el papel de los órganos naturales del cuerpo social: la familia, el barrio, la escuela, el trabajo, como instituciones representativas de los intereses comunitarios; a diferencia de la institucionalidad democrática, constituida sobre la base de partidos representativos de las ideologías a las cuales adhieren independientemente los individuos.

España y Portugal, así como naciones latinoamericanas, han seguido también, intermitentemente, la ruta corporativa de modernización según sus respectivas particularidades idiosincrásicas. La nación de mayor identificación con esta organización social es Portugal, durante la administración de Salazar, en la que se formulan los fundamentos de la teoría corporativa de Maniolescu.

La ruta socialista de modernización

El supuesto de que una revolución popular violenta es algo necesario para remover los obstáculos feudales a la modernización es otra falacia, tal como lo demuestra claramente el curso histórico de Alemania y Japón.

Esta es la ruta más tardía de modernización, al emerger en el siglo xx con las revoluciones populares de Rusia y China.

En ciertos casos, la existencia de una gran masa social en condiciones de pobreza es una fuente potencial de insurrección, salvo que entre el campesinado exista una actitud de aceptación de ese estado de cosas; a veces, por la influencia de una religión, como la hindú y su sistema de castas.

Otro aspecto notable de estas sociedades agrarias es que la subversión tiende a asumir el verdadero carácter de la misma sociedad contra la cual se rebela. En China, dinastías decadentes son reemplazadas por otras mediante ese procedimiento. Hay sociedades más susceptibles de sufrir ese tipo de insurrecciones; una sociedad altamente segmentada y de baja cohesión se inmuniza por el hecho de absorber las rebeliones en la creación de otro segmento; en cambio, una sociedad que depende de una autoridad centralizada es más vulnerable al fenómeno de la rebelión.

También, el éxito de las clases dirigentes en desarrollar la agricultura comercial ejerce una influencia morigeradora de las rebeliones, especialmente cuando el mercado se infiltra en la vida rural. En Inglaterra, el interés no estaba centrado en el hombre, sino en las tierras para el pastoreo; en Prusia se quería al hombre ligado a la tierra para el cultivo del grano; pero en ambos casos existía una finalidad comercial.

Las respectivas victorias de los hacendados ingleses o de los *junkers* en Alemania son dos formas diferentes de cómo una clase superior terrateniente puede lograr una transición exitosa a la agricultura comercial. En China y Rusia ello no ocurre, prevaleciendo una organización del campesinado en la que el cultivo es concebido sólo para la subsistencia familiar.

Aspectos políticos que influyen en las rebeliones populares son el carácter de la relación entre los señores de la tierra y los inquilinos, la propiedad y estratificación de los campesinos y su grado de cohesión o solidaridad. Cuando el lazo entre el señor y el campesino es fuerte, la tendencia a la rebelión es baja; ello, por cuanto no compiten por el "recurso suelo" o el señor aporta la protección requerida y no actúa como un déspota.

A fines del siglo xix se comenzó a generar en las aldeas rusas una forma de solidaridad revolucionaria, a fin de distribuir equitativamente un recurso de suelo escaso. Situación inversa a la solidaridad conservadora que se

genera en Europa a partir de la división del trabajo. En las aldeas chinas, los habitantes requerían un mínimo de propiedad que el proceso de modernización eliminó. En suma, la ausencia de una evolución comercial en la agricultura condicionó favorablemente la movilización campesina en estos países.

Nunca los campesinos han llevado a cabo una revolución por sí solos; siempre requieren de líderes de otras clases sociales, lo cual desmiente el "determinismo histórico revolucionario". Los campesinos proveen la dinámica para derrumbar el muro, pero no encienden la mecha. En la movilización china y la polarización bolchevique los campesinos fueron las primeras víctimas. La burguesía rusa era pequeña y se hallaba ligada al gobierno del Zar y, lo que es más importante, los campesinos no reclamaban derechos de propiedad, como había ocurrido en Francia.

En China, el éxito de la marcha de Mao se debe a una desafección al Kuomintang en todas las clases, más que por una pretendida adhesión a las ideologías marxistas acerca de la importancia del proletariado como protagonista de la lucha de clases anticapitalista.

A modo de corolario, las revoluciones campesinas que han seguido esta ruta para evitar la "proletarización" y "pauperización", atribuidas por Marx al capitalismo, han terminado en una dictadura del partido comunista sobre el proletariado, que los ha subyugado en peores condiciones de vida que cualquiera de las otras rutas, tanto en lo material como en lo espiritual. Por estas evidentes razones, en el mismo siglo que estas revoluciones fueron provocadas por ideólogos marxistas, las actuales autoridades soviéticas se han visto obligadas a reconocer su fracaso económico y plantear una Perestroika, cuya Glasnost devela cada día más revueltas populares en Rusia y en China, las que demandan, paradójicamente, modernizar una sociedad obsoleta.

Conclusiones

Las tres rutas muestran cambios sociales de naturaleza conflictiva dirigidos por grupos que rompen violentamente con el antiguo orden, so pretexto de adaptarse a los cambios del entorno material.

El principal cambio que afecta a las sociedades, así llamadas modernas, es la evolución del pensamiento al quebrantarse la unidad entre la fe y la razón, la que tiende a derivarlo a interpretaciones dialécticas, utópicas e inmanentes de la realidad.

La "visión del mundo" se torna homocén-

trica en lugar de teocéntrica; las ciencias naturales explican mecánicamente la estructura del universo y las tecnologías facilitan al hombre expandir los horizontes del mundo conocido.

La política se redefine como ciencia práctica, cuya base de poder es el pueblo, y la economía propone las leyes del mercado para el desarrollo; ambas cuestionan el derecho divino de los reyes y el orden aristocrático tradicional.

Inglaterra se transforma en una potencia marítima encabezada por la clase media, que llevará la semilla del capitalismo a las costas de América. Allí, una sociedad de colonos se independiza también en una ruta democrática. Francia será movida por esta ideología, expandiendo la revolución emancipadora al resto de Europa y América del Sur.

En la reacción contra Inglaterra surge la ruta capitalista-corporativa de la unificación alemana, en una transformación encabezada por sus clases altas, ejemplo seguido después por Italia, España y Portugal, países que se verán enfrentados en la Segunda Guerra Mundial a quienes les precedieron por la ruta capitalista-democrática. Esta situación se repite en Japón con igual fuerza.

Rusia y China serán dirigidas por agitadores marxistas de las clases medias, polarizando grandes masas campesinas contra las dinastías zaristas y del Kuomintang, cambiando sólo el nombre del totalitarismo político al que se hallaban sometidas en la nueva dictadura comunista. Revolución que también se expandirá al Tercer Mundo, donde los que se modernizarán más tarde se ven forzados a escoger algunas de estas rutas para su modernización y desarrollo.

De allí que la reconstrucción de la evolución histórica del fenómeno de modernización de la Humanidad nos enseña que las abstracciones que explican dicha realidad son las nuevas formas de organización social. Por ende, la sociología es la expresión algebraica de los hechos históricos.

En definitiva, las instituciones del humanismo que afloran a contar del siglo xvII habrían de modificar las pautas de comportamiento social clásico. Las rutas de modernización crean las instituciones según el valor de referencia que privilegian en la relación persona-sociedad, como se indica en el cuadro de la página siguiente.

La exaltación excluyente de estos valores de referencia condujo en la modernidad a los paradigmas seculares de las "sociedades de consumo", los "fascismos totalitarios" y las "dictaduras del proletariado".

A partir de estos modelos se darán entonces variadas formas de organización social en

Valor de referencia	Libertad	Fraternidad	Igualdad
Ruta modernizadora	Democrática	Corporativa	Socialista
Institución social	Mercado	Nación	Estado

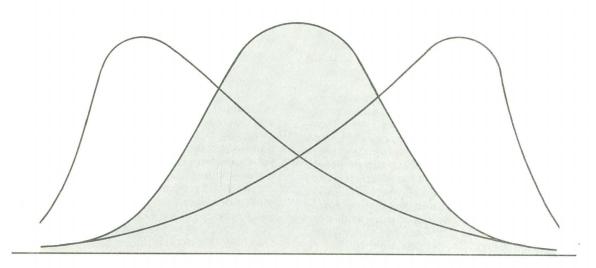
las que se modernizan más tarde y en las que coexisten, con diversa preeminencia, entidades como el mercado, la nación y el Estado.

Pese a lo anterior, las sociedades modernas en su conjunto se comportan de distinta manera a como lo prevén los grupos de élite que siempre las dirigen, usando los recursos típicos del poder (prestigio, información y dinero).

Como todo fenómeno social, la azarosa

combinación de las voluntades individuales se distribuye al interior de una curva normal que se deforma respecto del modelo de la sociedad tradicional centrada en el Bien Común.

Las sociedades modernas tienden a sesgar la normalidad del comportamiento clásico de manera dinámica, según prevalezca en el inconsciente colectivo la creencia en las ventajas de los valores polares de libertad individual o de igualdad colectiva, según se ilustra a continuación:



Libertad individual (sesgo consumista)

Bien común

Igualdad colectiva (sesgo comunista)

* * +